

XLI Concurso de Cuentos "Villa de Mazarrón"

- Antonio Segado del Olmo -

2025

**PERDER COSAS**

SANTIAGO CASERO GONZÁLEZ

ACCÉSIT

El 18 de Julio de 2025,  
el jurado del Concurso de Cuentos  
Villa de Mazarrón - Antonio Segado del Olmo,  
compuesto por Alfonso Goizueta, Antonio Parra  
Sanz, Mari Ángeles Rodríguez Alonso, Fernando  
Fernández Villa, Encarna Esteban Bernabé y José María  
López Ballesta, otorgaron el Accésit de la cuadragésimo  
primera edición al cuento titulado Perder cosas,  
de Santiago Casero González.

**Santiago Casero González**, Nace en Fuente el Fresno (Ciudad Real) en 1964, aunque pasa una gran parte de años decisivos de su vida en Madrid, ciudad en la que se licencia en Filología Clásica por la Universidad Complutense.

Respecto a la escritura, le gusta decir que disfruta con la confusión de personalidades que le consiente la escritura, con las contradicciones de sus personajes, que a veces hace suyas, y con el equilibrio de la identidad en que consiste ser escritor. Hasta el momento, ha publicado siete novelas y cinco libros de relatos.

Ha obtenido los premios de libros de cuentos "*Tiflos*", "*Fundación MonteLeón*" y "*Manuel Llano*", los premios de novela "*El Fungible*", "*Encina de Plata*" y "*Ciudad de Cáceres*" y los premios internacionales de relato "*Max Aub*", "*José Calderón Escalada*", "*Carmen Martín Gaité*", "*Calicanto*", "*Fernández Lema*", "*Elena Soriano*", "*Tomás Fermín de Arteta*", "*José Saramago*", "*Ateneo Mercantil de Valencia*" y "*Las Dalias*", entre otros.

En dos ediciones consecutivas (2018 y 2019) ha sido finalista del premio "*Setenil*" al mejor libro de relatos publicado en España.

## PERDER COSAS

¿Qué es la vida sino pérdida y renuncia? Suena horrible, lo sé, pero no pretendo en absoluto hacer de esta certeza una revelación singular y deprimente. De hecho, me limito a subrayar lo que todo el mundo sabe, aunque prefiera no pensar demasiado en ello. Yo, al menos, soy consciente de esto desde hace ya mucho tiempo y no he creído nunca que fuera un drama. O mejor, casi nunca. Acaso una burla o una decepción, la prueba de que Dios existe y tiene la paciencia de esperar que acabemos descubriendo por nosotros mismos el entramado imperfecto del universo en el que nos ha abandonado. Yo, esto, creo haberlo empezado a sospechar desde que mi propio cuerpo alcanzó a atisbar su propia decadencia, lenta, insidiosa como la humedad de una gotera en la pared. A decir verdad, no es algo que sepas de un día para otro, pero no es menos cierto que siempre hay un instante, lúcido, amargo, en el que por alguna razón se te hacen presentes todas las pérdidas irrecuperables que se han ido acumulando con la mansedumbre de una nevada en el tácito libro en el que se escribe tu biografía, y también todos los expedientes vitales de los que has tenido que despedirte y de los que te vas a seguir despidiendo poco a poco, no sólo en la forma de proezas físicas antes normales, casi inconscientes (recuérdese, si no, la agilidad natural con la que en la juventud se perseguía un autobús o en la soltura con que uno bajaba de tres en tres los peldaños de una escalera), sino también en lo tocante a todas esas emociones que hasta cierta edad se presentan todavía en su modalidad volcánica y desmedida, como si no hubiera otra manera de sentir.

Sin embargo, la historia que quiero contar ahora empieza con una pérdida tan cotidiana que apenas habría de suponer nada en una existencia cualquiera, por mínima, por frecuente, por insignificante: un cenicero. Oh, sí, perdí un cenicero. Sé que suena a broma, pero a veces las peores tragedias empiezan así, de una forma un poco absurda, con un objeto trivial al que el destino otorga de pronto un protagonismo inesperado. Piénsese en el malentendido de un telegrama que desencadena una guerra, en un despertador que suena lo bastante tarde para que tomemos el tren equivocado, justo aquel, y no otro, en el que alguien ha colocado una bomba para que su causa atroz retumbe en las noticias de la noche. En mi caso, fue un cenicero. No es por presumir, pero yo fumo tanto como Julio Ramón Ribeyro y siempre tengo uno a mano. Siempre el mismo. Se trata de un recuerdo de mi viaje de novios a Mallorca, cuando Mariana y yo inaugurábamos

apenas nuestra vida en común, antes de que naciera Félix. Creo que lo guardo por conservar algo de aquel tiempo extinto, por no asumir que esa pérdida es definitiva y por no enfrentarme al hecho incontestable de que me duele. O quizá lo conservo justamente por lo contrario, porque me duele como un cuchillo en las tripas y qué otra cosa puedo hacer sino atormentarme con ese dolor e incluso extraer de él la recóndita voluptuosidad que a veces, extrañamente, hallamos en el sufrimiento. En algún lugar he leído que se puede obtener placer de la tristeza, aunque sólo si eres lo suficientemente joven. Yo no soy joven ni pretendo tanto como el placer, pero me doy cuenta de que es en la aflicción donde comparece mi yo más genuino, que la dicha me vuelve por el contrario un espantapájaros risible y que he observado que a mis semejantes les ocurre más o menos lo mismo que a mí (basta ver en televisión los patéticas muecas de éxtasis de pacotilla de los que han sido afortunados en la lotería nacional o la unánime y simiesca celebración de un gol en cualquier estadio del mundo).

Sea como fuere, volviendo al asunto del cenicero, lo que ocurrió es que el día en que comienza todo esto daban en la televisión una vieja película de género negro que me encantaba y que, naturalmente, quise volver a ver, pero con todo lo necesario, con mi tabaco y mi cenicero y con una copa de Napoleón, como un rito sostenido por una tradición no escrita de mi ya larga soledad que a mí me proporcionaba, si no placer, si una paz de adormidera. Ahí cooperaba con enorme eficacia el fuego del brandy dilatándome las arterias, y también el humo en mi garganta, las imágenes de la película en cuestión sucediéndose en la pantalla, armando una historia, de amor, de aventura, de codicia, de lo que fuese, por la que era a fin de cuentas muy sencillo dejarse atrapar, y, sobre todo, ahí obraba la pavesa, como metonimia del gozo, acumulándose dulcemente en el fondo de mi cenicero al que, por si no ha quedado claro, me he agarrado durante mucho tiempo como a un relicario, aun sabiendo que no era más que un vulgar objeto sin memoria que las circunstancias quisieron poner a mi alcance en una pretérita época de mi vida, dotando luego a ese fetiche de un sentido agrídulce.

Pero algo se quebró en un instante, justo cuando me las prometía más felices: el cenicero no estaba en su ubicación habitual, sobre la mesita del teléfono, y, sin él, el rito se vaciaba de contenido y se convertía de repente en otra cosa, en un acto, después de todo, soslayable. Créanme que lo busqué por todas partes, miré debajo del sofá, entre los cojines, encima de las estanterías atestadas de libros polvorientos, en el cuarto de baño. Encontrarlo finalmente fue, sin embargo, una

sorpresa mayúscula, ya que no apareció en ninguno de esos sitios ni en lugar alguno de mi casa, sino en la angulosa habitación en la que Humphrey Bogart fumaba dentro de la pantalla de mi televisor mientras acariciaba un halcón de plomo y sonreía enseñando los dientes como un lobo. La película estaba rodada en blanco y negro pero el cuenco donde arrojaba sus cenizas era, sin posibilidad de error, el mismo cenicero, conservado desde mi luna de miel, que yo acababa de perder en mi casa casi un siglo después, en una sala de estar en color muy lejos del distrito de San Francisco donde Bogart resolvía un caso complicado. Desde mi sofá era imposible leer la frase del fondo del cenicero (“Recuerdo de Mallorca”), pero igualmente lo reconocí, sin lugar a ninguna duda: un pedazo de latón en forma de concha marina, un borde abollado, la forma indubitable de su alveolo, donde el detective de ficción depositaba los restos de su cigarrillo. Juro que me pareció ver en los labios de Bogart una sonrisa irónica que sólo podía ser a causa de la cara de estupor que se me habría quedado.

Sé que en ese instante apagué la televisión con aprensión y también con una tristeza agorera, que me alejé de ella y que en los días siguientes me abstuve de encenderla presa de un desconcierto que excedía mi capacidad de asombro. Sólo era capaz de sentarme a mirarla mientras estaba apagada, y entonces lo que veía era mi propio rostro reflejado en la pizarrosa oscuridad de la pantalla. Al otro lado estaba yo, solo, en una habitación paralela, velada por las sombras. Y me observaba a mí mismo desde ambos lados de esa cortina de cristal, igual que si me desdoblara, y, la verdad, ambas versiones de mí lucían siniestras y como desamparadas a la vez. Naturalmente, el cenicero no apareció, ya que ahora, si no me había engañado, pertenecía a una realidad que estaba lejos y estaba cerca a la vez, pero que era, en cualquier caso, inalcanzable, lo que tal vez justificaba mi tristeza.

Necesité seis, siete días, no sé, para tranquilizarme e intentar entender lo que había pasado o, como mínimo, para aceptarlo sin más, aunque escapara a mi comprensión. La vida tenía que continuar y yo actué en consecuencia, qué otra cosa podía hacer, así que no tardé en volver a mis rutinas, a mis ínfimos goces cotidianos, a mis inevitables desengaños, tan comunes a todos, a mis recuerdos y a mi inexorable declive, en fin, entre aquellas cuatro paredes y las pocas calles de la ciudad que eran testigos de mis pasos... De hecho, seguí viendo películas en la televisión sin abandonar mi liturgia de tabaco y alcohol, depositando mi ceniza en cualquier recipiente advenedizo, sin la potencia fetichista del extraviado. Hasta que

perdí el encendedor. Mi hermoso Zippo. Mariana me lo había regalado en el décimo aniversario de nuestro compromiso e hizo grabar esa fecha. Otro objeto en apariencia banal que sin embargo traspasaba las veladuras del tiempo y se acomodaba en mi vida como el testimonio de una época mejor. Ahora sé que lo busqué conteniendo el aliento, con el barrunto callado de la fatal inutilidad del esfuerzo, ya que algo me decía que no iba a verlo nunca más en mi casa. Para confirmar esta sospecha, sólo tuve que alzar la vista y esperar a que apareciera en las manos de aquel sargento americano que, en la pantalla de mi aparato televisor, se encendía un cigarrillo de marihuana rodeado todavía del sahumerio negro de la aldea vietnamita que acababa de incendiar su pelotón de marines. Y lo hacía con mi mechero, en el que era imposible no ver la fecha del día de mi compromiso con Mariana. Recuerdo que lo sostuvo unos segundos junto a su cara, lo giró para que yo leyera el grabado y luego se lo guardó en un bolsillo de su guerrera. Y finalmente se ocultó en una esquina de la imagen, intuyo que para intentar sobrevivir a esa guerra infame en los siguientes fotogramas del metraje, que ya no fui capaz de continuar viendo.

Descartado el natural asombro ante un hecho así, aquel suceso me convenció de que todo eso no podía ser una casualidad. Una sola pérdida y su ilusorio desplazamiento a una trama cinematográfica tal vez cabría achacarse al error o a los caprichos del azar (quizá no me había fijado bien, quizá había dos ceniceros iguales), pero una segunda vez sólo podía confirmar la certidumbre de una regla, aunque me fuese imposible por el momento conocer en qué paradigma operaba esa regla. Mis dudas ahora tenían que ver más con el estatuto de la realidad que con el hecho de que aquello que habían visto mis ojos no era de ninguna manera el resultado de un mero accidente de la lógica. Aquello era precisamente "la lógica". Y en cuanto a la realidad, sí, era quebradiza, inestable, de acuerdo, podía aceptarlo, pero entonces ¿qué debía hacer yo en ese instante? Admito que se me pasó un segundo por la cabeza consultar a un especialista pues de inicio me resistía a desechar un desvarío o el concurso de un espíritu travieso. Pero inmediatamente me dije que no. No y mil veces no. Enseguida decidí que la alucinación y el ocultismo quedaban descartados. No deseaba ceder de ningún modo a esas debilidades vicarias de lo irracional, cuando la realidad es tan lata que su minuciosidad alcanza para explicarlo casi todo. Valoré también contarle a algún amigo, por qué no, tal vez a Cristina, la mujer que venía los miércoles a limpiar un poco la casa y planchar, pero era complicado. Amigos, a decir verdad, no tenía muchos. Nunca los he tenido y los pocos que me quedaban habían ido alejándose

de mi amargura residual después de lo de Mariana y Félix, y no se lo censuro. Y con Cristina no tenía suficiente confianza todavía y temí espantarla, sobre todo porque ella resolvía mis derrotas domésticas con su palatable presencia semanal y me permitía sostener el espejismo de una vida compartida a tiempo parcial con una mujer que, la verdad, a mí me gustaba bastante. Con ciertos escrúpulos, pero me gustaba.

Así pues, resolví esperar, me incliné por el acecho y la sospecha. De momento, seguiría con mi vida a ver por dónde rompían los acontecimientos. Mi vida... Creo haber ya dicho mucho sobre mi vida. Por eso, si soy honesto, debo confesar que en todo ese despropósito había algo que cobraba la forma de una expectativa, como si de pronto fuera posible esperar que alguna cosa verdaderamente emocionante pudiese ocurrir en cualquier instante, aunque fuera a través de la pérdida de un objeto que se volvía necesario en otro sitio, singularmente en una escena de cualquier película en mi televisión. La verdad, casi llegué a desear, en cierto momento, perderlo todo para encontrarlo mejorado al otro lado de la pantalla y así, de alguna sinuosa manera, para que mi propia existencia en esta orilla también mejorara.

Pensándolo bien, esperarí, en efecto, pero no iba a quedarme de brazos cruzados. Esperar no significaba permanecer pasivo, así que tomé una decisión terminante, tal vez la única posible en esas circunstancias: forzaría los hechos. Perdería cosas con disimulo aunque a conciencia. Provocarí a la realidad, eso harí, ya que ésta se pavoneaba delante de mí ofreciendo los pliegues más extravagantes de su naturaleza abusiva. El plan era abandonar cosas en cualquier sitio de mi apartamento, como al descuido, sentarme a ver una película tras otra, lo que no suponía ningún esfuerzo, y esperar que esos objetos desaparecieran de mi casa y fueran apareciendo a su aire en la programación cinematográfica de la semana. Que tuvieran la oportunidad de existir en la realidad aumentada de lo que llamamos ficción con tanta ligereza, que renovaran su suerte y que yo pudiera mirarme en un espejo sin la impresión de estar viendo el rostro de un enajenado. Tan seguro estaba del éxito de mi plan que empecé a atribuirle el privilegio de la lógica: nada parecía más natural que el hecho de que un libro extraviado de mi estantería renaciera acunado en las manos de la mujer de un teniente francés, pongamos por caso. De pronto no entendía por qué uno acepta sin inmutarse que ruede por el suelo la pluma con la que está escribiendo un relato, por ejemplo, y sólo con que se demore unos segundos en recuperarla, ésta no aparezca ya más o lo haga varios

meses después en el otro extremo de la casa y, sin embargo, consideremos tan asombroso que con esa misma pluma, hasta entonces de tu propiedad, Douglas MacArthur firme el tratado de rendición del Imperio Japonés a bordo del acorazado USS Missouri en la película que lleva el nombre del general americano.

Así las cosas, en las siguientes semanas hice desaparecer, desde este lado del teatro de mi intimidad, una pluma estilográfica Dupont, mi agenda personal, la vieja Parabellum P08 Luger que heredé de mi abuelo, una edición bilingüe de la Eneida de 1822, mis gafas de vista cansada, tres novelas de Marcial Lafuente Estefanía, una fotografía de mi madre, aún soltera, fumando en una boda sin tragarse el humo, el gastado vinilo de Kind of Blue que me compré en un sótano de la Gran Vía de Madrid, el blíster de analgésicos de mi mesita de noche y otro de antipsicóticos... Y, de forma invariable, todas estas cosas y muchas más (confieso que caí en una suerte de vorágine que me hizo perder la cuenta exacta de las pérdidas y de sus respectivas "recuperaciones") pude reconocerlas en otras tantas escenas memorables de la historia del cine a las que ahora prestaba la más meticulosa de las atenciones. Por cierto, he dicho "hice desaparecer", atribuyéndome de alguna forma el mérito del fenómeno, cuando, a decir verdad, mi papel era muy subalterno y se limitaba más bien, por impotencia, por humildad, al del observador, si bien bendecido, me parecía a mí, por el privilegio raramente otorgado de la contigüidad con el misterio. Pero la lógica que yo había elegido abrazar, ampliando los viejos y convencionales márgenes de lo real, tenía sus propios planes y estos se revelaron sólo unas pocas semanas después de haber empezado mi colaboración en esta especie de juego del escondite con mis efectos personales. Sucedió una tarde de lluvia en la que me había sentado frente al televisor con todo el protocolo habitual de brandy y cigarrillos y también con la paciente esperanza, en esta ocasión, de que en algún momento José Luis López Vázquez consultara la hora en su reloj, que era el mío (un Breitling Cadette), en el interior de una cabina de teléfono donde se había quedado encerrado sin saber cómo. Pero no ocurrió. Acabó la película, que era un cortometraje, y yo no fui capaz de identificar el objeto perdido en escena alguna. Quedé un poco contrariado, lo admito, aunque no demasiado, porque igualmente confiaba en encontrar mi reloj, tarde o temprano, tal vez en la siguiente película de la programación. O en la que viniera luego, qué más daba, qué otra cosa tenía que hacer. Tenía todo el tiempo del mundo. De hecho, me quedé dormido con "El pequeño salvaje", de Truffaut, sin que importara, pero desperté a tiempo de ver a Gene Kelly bailando en un barrio

bohemio de París, junto a unos niños tan cursis como encantadores. Qué maravilla, pensé todavía aturcido por el sueño, ojalá Gene Kelly tuviera mi reloj en su muñeca. Me di cuenta entonces de que me resultaba muy agradable hallar mis cosas en poder de personajes que admiraba o con los que me identificaba o sencillamente que me caían bien. No era lo mismo descubrir que tenía puestas tus gafas de sol uno de esos indecentes psicópatas que se habían puesto de moda en el cine actual que saberlas complemento perfecto de la dulce vida de Marcello Mastroianni. Todo era mejor en el cine, la verdad sea dicha. Cómo comparar un desengaño amoroso escrito por I. A. L. Diamond y rodado por Billy Wilder, por ejemplo, con la tristeza oscura con que un episodio semejante acaecía en la vida mezquina de cualquiera. Hasta la muerte parecía hermosa en el cine.

Esto estaba pensando esa tarde mientras veía la película y la lluvia golpeaba en los cristales de mi sala de estar como si fuesen latidos desacordes de un corazón enfermo. La epifanía del reloj, sin embargo, se retrasaba y la historia del americano en París se acercaba a su fin, pero de repente entendí que no me importaba. Ahora una mujer bellísima bailaba junto al Sena y eso era suficiente. Era un ser de una gracilidad suprema que se dejaba envolver por una música deliciosa, todo lo que uno imaginaría si creyera que existen los ángeles. Sentí al contemplar esa escena una felicidad que me pareció inédita, como si nunca antes hubiese experimentado una cosa así, pero no era cierto. Claro que tuve alguna vez mis instantes de éxtasis, de dicha, de plenitud. Lo que ocurría es que los había perdido o se habían atenuado al pasar de los años y ahora los reencontraba en la pantalla. Al parecer no sólo se podían perder objetos, también emociones, algunas extraviadas apenas en los últimos meses, desde lo de Félix y Mariana. Sin advertirlo, ocupado como estaba en los objetos. Tan es así que a partir de ese día no necesité volver a colocar cebos a una realidad que me daba una nueva lección, la de que los hechos no se agotan en lo material. Bastaba sentarse frente a la televisión y esperar que la pantalla repristinara todos esos sentimientos que creía extintos y que tan poderosamente nos constituyen. En cada una de las películas que veía recuperaba, a través de los rostros y los visajes de los personajes, los fragmentos emocionales que me completaban como individuo. Con ellos fui feliz y nostálgico, con ellos estuve satisfecho y tranquilo, ilusionado y alegre. Con ellos fui lo que siempre había sido. Ahora lo sabía, y lo sabía porque lo sentía. Hasta que vi a Mariana. A Mariana y a Félix. No sé cómo sucedió, ni cuándo. Pero allí estaban, de repente. Dentro de un camarote abarrotado de gente. Cómo no los había visto antes. Mi hijo y mi mujer

en una dimensión en la que no toman un avión que se estrella, en la que ni siquiera existe ese avión, pese a lo que digan las noticias de sucesos. Ellos no estaban tristes, parecían divertirse en el legendario embrollo del camarote, y si ellos no estaban tristes, yo tampoco lo estaba. Los perdí, sí, pero ahora los había recuperado, ahora sabía que estaban a salvo en un sitio donde la vieja realidad no podía hacerles ningún daño. Volví a pensar: hasta la muerte luce hermosa en el cine. ¿Eran lágrimas aquello que caía por mis mejillas? Naturalmente, sí, las conocía, no me eran ajenas, pero éstas eran de felicidad. Qué extraño. Era una felicidad triste, pero me gustaba, aunque también me consumía, como si la dicha fuese una llama que quemara el gas de mi interior hasta agotar la débil energía que me quedaba desde que aquel avión se estrelló en una montaña. Caí al fin de rodillas y cerré los ojos para que la película de mi familia se proyectara todavía un poco más en la pantalla de mis párpados cerrados. De este modo me encontró Cristina cuando abrió la puerta con la llave que le había dado. Debía de ser miércoles. No me avergonzó que me hallara así. Los dos estábamos acostumbrados. Sólo se acercó a mí, como otras veces, me ayudó a levantarme del suelo y a echarme en el sofá, su hermoso rostro junto al mío, serio, triste, y finalmente me dio una de las píldoras del aparador del cuarto de baño. Ella sabía cuál.

Cuando desperté, la casa olía a limpio y la televisión estaba apagada. Debí de dormir tantas horas que Cristina ya se había ido. Me había dejado una cafetera llena y una nota debajo del cenicero. Oh, sí, de mi cenicero. Tal vez explicaba cómo y dónde lo había encontrado pero no quise saberlo. Me bastaba con verlo ahí. Como impugnación de todo lo ocurrido desde entonces. Como desengaño. Alcancé a pensar que, si algo no había empezado, entonces no había sucedido. Ni siquiera la naturaleza de una nueva realidad expandida podía sustraerse a esta obviedad. Bien lo sabían los escolásticos, que necesitaron a Dios para que todo existiera. Un origen, un principio, una causa. Si Bogart no arrojaba su ceniza en mi cenicero, entonces Mariana y Félix habían tomado ese avión. Otra vez. Eso es. Lo real se contraía de nuevo, recuperaba los mezquinos límites que siempre había tenido. No puedo dejar de repetirme que la vida no es sino pérdida y renuncia. Una burla, una decepción. Como poco, la prueba de que Dios existe y nuestra resignación evoca la suya. Me dejé caer de nuevo en el sofá, con el cenicero en la palma de la mano, como si sujetara la calavera de Hamlet. Me puse un cigarrillo apagado en la boca y me quedé mirando la televisión. Estaba asustado, la oscuridad de la pantalla era de repente la oscuridad simétrica de mi vida. La

encendí entre temblores. Daban cine, como siempre. “El tercer hombre”, me pareció. Las calles de la Viena derrotada, la noria del Prater, un profundo dilema moral... La película estaba terminando: un largo plano en el que una mujer recorre el sendero de un cementerio en dirección a la salida, donde está la cámara, mientras Joseph Cotten la espera en vano junto al camino. Una secuencia hipnótica, una música inquietante, la figura de la mujer que se aproxima, su gesto serio, triste, en el que finalmente reconocí, sin lugar a ninguna duda, el hermoso rostro de Cristina.

